

STEVEN SAVILE

A close-up portrait of Steven Savile, a man with a beard and dark hair, wearing a dark hat and a dark coat with a white collar. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and textured.

ARDE
CONMIGO

A scene featuring a winged figure, possibly an angel or demon, with long dark hair and a white flower in it. The figure is shirtless and has their arms crossed. In the background, the dome of St. Paul's Cathedral is visible against a dark, atmospheric sky. The overall color palette is dark and moody.

Un thriller rodeado de ocultismo, en el que las calles del viejo Londres de la reina Victoria se ven sumidas en un caos de asesinatos y fenómenos sobrenaturales.

Cosas muy extrañas y terroríficas ocurren en Londres. Los leones de Trafalgar han abandonado sus pedestales junto a la columna de Lord Nelson, para defender la ciudad y cumplir una antigua profecía. Mientras tanto, una presencia siniestra, libre de nuevo tras vivir aprisionada durante siglos, se ha lanzado a la caza de presas indefensas a través de las calles iluminadas por lámparas de gas y los mercados de carne del distrito de Whitechapel. Las mujeres que persigue son muy distintas de las prostitutas que están siendo brutalmente asesinadas por un tal Jack. Son mujeres que se hacen pasar por vendedoras de flores, pero por cuyas venas corre sangre de ángel.

Entre estas dos fuerzas del bien y del mal se encuentran los Greyfriar, dispuestos a enfrentarse a los enemigos infernales sin más armas que su agudeza mental y un toque de magia de la vieja escuela. Para ellos, el éxito radica en poder rescatar la sangre inocente y los tiernos corazones que la hacen latir. El precio de la derrota es demasiado horrible.

Únete a Dorian Carruthers y a los inquebrantables caballeros Greyfriar para evitar que el Diablo y sus secuaces tomen la ciudad y la hagan suya, en un viaje a través de las entrañas más oscuras de Londres y directo a la mismísima Escalera Catamina que baja a los infiernos.

Capítulo Uno



La mujer podría haber sido hermosa alguna vez.

La trémula penumbra azulada de la farola de gas le daba a su rostro un aire enfermizo. Era una luz cruel, que resaltaba las cicatrices de la viruela sobre su piel. Definitivamente, aunque antes hubiera sido hermosa, ya no lo era.

Llevaba una cesta de flores mustias. Los tallos húmedos, en contacto con los volantes nacarados de su blusa, habían dejado un círculo oscuro de humedad en el lugar donde se alzaba su pecho izquierdo.

El hombre que se hacía llamar Nathaniel Seth sonrió ante aquella pantomima de decoro. La mujer se ajustó el corsé sobre sus generosas caderas y se recolocó el alfiler que sujetaba su moño. Era todo espectáculo, una farsa bien ensayada para enmascarar el hecho de que estaba haciendo la calle en la esquina de Bedford Square.

Una vendedora de flores. Una prostituta, en otras palabras.

Otras chicas buscaban el calor del palaciego teatro Alhambra en Leicester Square, o los salones de baile del East End, donde la música del deseo llenaba las estancias privadas y la lujuria separaba a los hombres de sus chelines.

Ella, sin embargo, pasaba la noche en una esquina mal iluminada, y de día se escondía en lugares oscuros que conocía bien.

La mujer escuchaba expectante los sonidos de la noche: el lejano traqueteo de los cascos de los caballos sobre las calles empedradas, los gritos de los vendedores callejeros y, más abajo de la calle, el leve eco de las pisadas de los ladronzuelos corriendo a sus escondrijos para compartir el botín sustraído con sus hábiles dedos.

El hombre maldijo su suerte y deseó que la mujer siguiera caminando, que encontrase otra esquina o se introdujera en un carro de caballos y desapareciera en la neblina espesa.

Podía oler sus perfumes, generosamente aplicados para ocultar el hedor de ciertas otras fragancias adheridas a sus carnes abundantes. El resultado era de un dulzor empalagoso.

En ese momento el mundo tenía un horizonte muy pequeño que comenzaba en el principio de la plaza y terminaba en los sombríos escalones del Museo Británico. El hombre abrió la mano para aliviar la rigidez de sus dedos. Sentía el tictac de su reloj de bolsillo contra el esternón. Contó los movimientos, aspirando y espirando levemente con cada tres golpes del segundero. Veinte aspiraciones eran un minuto completo observando a la mujer.

Pero ella no parecía mostrar intenciones de marcharse.

Buscaba a alguien. ¿Tal vez un encuentro esperado? ¿Una cita? ¿Otro negocio? Escuchó con atención por si se oyesen pisadas, como podrían ser las del lento y confiado caminar del proxeneta viniendo a recolectar su parte del dinero.

Crujió sus nudillos uno a uno y salió de la oscuridad protectora de los jardines colgantes, apartando las lágrimas de un sauce llorón. Las hojas melancólicas cayeron sobre su rostro, dejando manchas de polen en su solapa como besos envenenados.

Mientras avanzaba hacia la mujer, usó la punta metálica de su bastón para marcar con precisión cada uno de sus pasos sobre los adoquines con un sonido seco que quedaba sostenido en el aire.

Al llegar a la mitad de la plaza escuchó la primera campanada, anunciando la medianoche desde la iglesia de Saint Giles. Un momento más tarde la siguieron las grandes campanas de Saint Pancras y Saint Luke, y antes de que aquella primera campanada dejara de escucharse, comenzó a redoblar la de Holy Trinity en Lincoln Fields. Ondas sonoras que se extendían a lo largo de la ciudad. Se detuvo un momento para escucharlas. No era un sonido desagradable para ser el último...

Sonrió con decisión, viéndose a sí mismo a través de los ojos de la mujer: alto, gallardo, un elegante caballero de ciudad tan educado como culto que, alejado de su elemento, caminaba de noche por una calle solitaria. Un incauto esperando ser aligerado de su dinero. Las puntas de su largo abrigo negro bailaban en torno a sus tobillos como perritos falderos. Llevaba un traje de corte caro y tela exquisita importada del Oriente Medio.

La mujer se giró hacia él y le dedicó una media sonrisa. Él inclinó la cabeza, golpeó ligeramente el ala de su elegante sombrero de copa con la cabeza de lobo plateada de su bastón y le devolvió la sonrisa.

Entonces decidió ser misericordioso. Le resultaba curioso que, con una sencilla sonrisa, la muchacha pudiera comprar lo que para ella sería un pequeño alivio. Cualquiera otra noche, sin duda, esa misma sonrisa podría haberle llevado a arrancarle el liguero apestante a sexo y asfixiarla con él. Esta noche, sin embargo, su sonrisa serviría para ahorrarle algo de dolor.

Ella hizo ademán de ofrecerle una de las alicaídas flores de su cesta, pero detuvo su mano al ver la sonrisa irónica y la leve sacudida de cabeza del hombre.

Decididamente, la luz deformaba la realidad. De cerca, sin la máscara de las sombras, se revelaba el rubor de su juventud. No podía tener más de dieciocho o diecinueve años, pero la maldición del viejo Londres ya había arrancado de cuajo gran parte de su vida. Él no podría devolverle la juventud, pero sí detener la inevitable decadencia de su carne hacia la decrepitud. Había oído decir que una vendedora de flores aguantaba como mucho ocho años en la calle. Era muy triste... A medida que ellas perdían su frescura, más escasas eran las monedas, y la desesperación se encargaba del resto. Un auténtico pacto con el diablo, si es que tal cosa era posible.

Al percibir que el hombre la inspeccionaba con interés, ella hizo una pequeña reverencia y bajó la mirada. El rubor de sus mejillas era una mentira mal pintada con una gruesa capa de maquillaje.

En la distancia se escuchó una música tenue parecida a un lamento, un susurro en la gélida noche. De pronto él reparó en que la vida bullía a su alrededor, y que innumerables ojos podrían por un casual mirar al lugar equivocado del mismo modo que sus propios ojos se habían posado en la vendedora de flores.

—Hace demasiado frío para estar fuera, querida —dijo, con una breve reverencia.

La chica sonrió. Se había blanqueado los dientes con algún tipo de pasta que, sin embargo, apenas ocultaba el deterioro de su dentadura.

—Qué suerte que no esté sola, ¿verdad?

Su sonrisa era juguetona, pero esos dientes rotos y cascados le despojaban de todo encanto. El hombre no podía imaginarse yacer con ella.

—¿Os podría interesar una flor para vuestra dama?

El hombre se acercó como si fuera a aspirar el intenso olor del enebro, anís y otras intensas fragancias del ramo, e inclinó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Por desgracia, no tengo dama —dijo.

—Una lástima, sin duda, para un hombre tan apuesto.

Los ojos de la muchacha estaban vacíos de cualquier cosa que pudiera llamarse emoción. Era puro teatro. La vendedora de flores era una actriz, y él su desafortunado público.

—He entregado mi vida a un propósito más elevado, querida. Los siete pecados de esta gran ciudad no me interesan.

Dicho esto, puso una mano sobre su hombro casi con afecto y se inclinó hacia ella. La danza parpadeante de las sombras de la luz de gas agrandó su sonrisa, estirándola a lo largo de su rostro hasta convertirla en algo artificial y espantoso.

—No puedo soportar el hedor, los continuos gruñidos y gemidos, y, lo que es peor, querida... pero... acércate más, porque solo me atrevo a confesártelo al oído.

Ella se inclinó hasta rozar con su oreja los labios del hombre.

Durante el silencio entre cada latido del corazón de la muchacha, el hombre se preguntó si ella podía percibir la falsedad de su sonrisa, estando tan cerca de su piel. Luego, con una ternura cercana a la tristeza, le susurró:

—No tenía que haber sido así —mientras introducía los dedos en su cabello y se los enganchaba en el moño. Con un movimiento certero y salvaje le retorció los huesos del cuello.

Ella se convulsionó en sus brazos, y de sus labios escapó un grito apenas perceptible, un patético quejido. No importaba, no había nadie para escucharlo.

El hombre retorció aún más el cuello de la muchacha hasta partirlo completamente. Ella agitó levemente las piernas, rompiendo el talón de una bota contra el borde de un adoquín. Y en ese momento eterno él la miró a los ojos, esperando el instante en que, una vez cercenados los nervios y rota la columna, la luz de la vendedora de flores se apagara. La mujer se desplomó en sus brazos, con los ojos vi-

driosos. En la voz del hombre había un dolor sincero cuando dijo:

—Lo único que tenías que haber hecho era marcharte.

Tras decir esto se echó atrás y la dejó caer. La cesta saltó de entre los brazos de la muchacha y cayó rodando sobre los adoquines, desperdigando flores por la calle.

El hombre caminó hacia los escalones del museo, aplastando los pétalos a su paso.

La sombra de unas alas negras tomó forma en la oscura neblina a su alrededor. Por un momento las alas permanecieron a sus espaldas convirtiéndole en un ángel oscuro, y luego se desvanecieron sobre Charlotte Street, deslizándose entre las negras rejas de hierro del Museo Británico.

Habían pasado menos de dos minutos desde su aparición bajo el sauce llorón. Miró a izquierda y derecha a lo largo de Charlotte Street, pero no había ni un alma. Esta vez su sonrisa era sincera mientras, a zancadas, daba los últimos seis pasos hasta las rejas y saltaba por encima. No presentaban un obstáculo demasiado grande, aunque también era cierto que el museo era lo suficientemente arrogante como para creer que nadie se atrevería a robar en su interior. El hombre contaba a su favor ese engreimiento insufrible de la regia institución, así como la rotunda negativa de sus comisarios a evolucionar junto con el siglo.

Avanzó hacia el muro oeste moviéndose entre las sombras. Había una pequeña puerta a mitad de la larga pared. No se molestó en intentar forzar la cerradura, sabiendo que estaba asegurada por un complejo mecanismo de relojería de contrapeso y tres gruesos cerrojos. No sería necesario. Agazapado, avanzó rápidamente hacia el imponente pórtico. Había suficientes ventanas desprotegidas a lo largo de las galerías, con sus postigos herrumbrosos y sus viejas cerraduras, que podría abrir en menos de un segundo con una pequeña cuchilla. Eligió una punta curvada que escondía en el bolsillo y la introdujo en la fisura entre la enorme columna de piedra acanalada y la pared. Encajó dos puntas

más por encima de la primera, creando puntos de apoyo para sus pies. Utilizando la columna para agarrarse, trepó ágilmente hasta el segundo piso y se impulsó por encima de los barrotes del balcón, cayendo de espaldas y encontrándose cara a cara con una gárgola de piedra de mirada maligna.

Para controlar su ritmo cardíaco esperó tres minutos, guiándose por los latidos cada vez más lentos de su corazón. Y entonces se volteó hasta quedar boca abajo.

Se apoyó en el suelo de piedra con las manos, arqueó la espalda y se puso en pie con un rápido movimiento. Avanzó a lo largo del muro oeste sin detenerse, ignorando las ventanas emplomadas hasta llegar a la que buscaba.

A través del cristal oscurecido pudo ver las siluetas de la Tumba Harpía de Xanthus y las figuras sentadas de los Branchidae, un monumento sepulcral saqueado de una tumba etrusca. Rebuscó en los profundos bolsillos de su abrigo y extrajo un estilete con el filo recubierto de un residuo aceitoso. Armándose de paciencia, insertó el estilete entre el cristal y el emplomado. Poco a poco fue empujando el emplomado, separándolo tira a tira. A continuación introdujo la punta del estilete bajo el borde del cristal e hizo palanca. El cristal se desprendió con un suave sonido y se deslizó hacia abajo. Lo cogió entre las manos antes de que cayera al suelo, donde lo apoyó con cuidado. Después introdujo una mano por la ventana, manipuló el sencillo mecanismo de cierre, abrió la ventana y saltó al interior.

Dentro del museo el aire era rancio y mustio, acompañado de hedor de antigüedad que su nariz conocía bien. Se movió por la sala con la seguridad de un hombre que pertenecía a ese lugar, como un fantasma, sin tocar un solo objeto a pesar de que en la galería de la Antigua Grecia no había luz artificial. Era otra de esas ideas anticuadas del idiota del comisario, que creía que la luz eléctrica podía dañar la integridad de los tesoros a su cargo. En todo caso, el hecho de que la iluminación dependiera únicamente de la

luz solar le proporcionaba una gran cantidad de sombras para esconderse. La única iluminación eléctrica del museo estaba en el salón de lectura, para permitir a los eruditos estudiar los numerosos volúmenes de libros y tomos hasta altas horas de la noche sin arriesgarse a que una vela mal equilibrada o unas gotas de cera destruyeran textos insustituibles.

La enorme puerta se abrió con un suspiro, que en la oscuridad sonó como el último aliento de un moribundo.

Avanzó y cerró la puerta. Había una distancia de treinta y nueve pasos hasta la sala del mausoleo, donde se encontraba la colosal tumba-carruaje erigida a Mausolus por su esposa-hermana Artemisa, y cuarenta y dos pasos más hasta la sala Elgin, repleta de los restos más grandiosos de la escultura griega, los mármoles del Partenón y el friso con la procesión de los Panateas. Sus pisadas producían un eco hueco a lo largo de las angostas galerías. Eran los únicos sonidos del silencioso museo. Había cinco fornidos vigilantes nocturnos, pero el edificio era un cuadrado gigantesco con cuatro secciones enormes además de la construcción completamente independiente del salón de lectura, y los vigilantes quedaban relegados a lo simbólico. Hacían sus rondas juntos, compartiendo una botella de licor y fanfarro-neando sobre las numerosas delicias de los prostíbulos, meretrices y demás libertinas que habían conquistado con sus monedas. Apenas prestaban atención a su trabajo. Al fin y al cabo, ¿quién iba a atreverse a robar los tesoros del Imperio, arriesgándose a la ira de la hosca reina Victoria?

Se ocultó en la sombra de un sarcófago vertical para esperar pacientemente a que pasaran de largo y siguieran su camino. Ninguno de los vigilantes miró en dirección suya. Cuando sus risas y rivalidades se disiparon en la distancia, siguió avanzando.

Cada pared estaba repleta de manuscritos forrados, ediciones extraordinarias y exquisitas tipografías. Nada de eso le interesaba. Caminó a lo largo del pasillo, pasando de lar-

go bustos de mármol, especímenes zoológicos, mamíferos, pájaros, extraños habitantes del Ártico y curiosos gusanos de arena. Pasó junto a salas con monedas extrañas y plantas fosilizadas, elefantes pigmeos y esplendorosos meteoritos caídos del cielo. Se introdujo en el fondo del museo buscando la Puerta Kruptos, demasiado escondida como para ser descubierta de forma casual. La puerta daba paso a los verdaderos tesoros secretos del museo: la Arcana, artefactos robados que ofrecían la promesa de transmutar, cambiar y restaurar la carne y el espíritu. Más allá de esa puerta se encontraban lo que los alquimistas llamaban los tesoros del espíritu cósmico, la evidencia que unía el Cielo y la tierra.

Siguió las pistas de símbolos marcados sobre las piedras del suelo. Unos eran símbolos alquímicos del espíritu que en cierto modo se asemejaban a una cruz romana, y otros de la tierra, un triángulo invertido con el ángulo más estrecho especialmente destacado. Estaban fijados sobre las piedras con alambres de estaño, plata y cobre, y cubiertos de las ralladuras de la interminable procesión de pies durante los últimos ochenta años. Marcaban un camino a lo largo de las galerías inferiores, pasando el salón de los manuscritos y su exposición de dibujos de trazado fino, bajo una escalera de caracol hacia la galería romana y más allá, hasta la sala de bronce con su caos de dioses, héroes, espejos, candelabros, lámparas y urnas. Tras todo aquello se escondía la puerta.

Avanzó con cuidado a través de los restos de civilizaciones pasadas, guiándose por los símbolos del suelo.

Las esquinas de la puerta estaban delimitadas por dos cuervos negros, símbolos de los procesos oscuros, la calcinación y la putrefacción. En su centro, forjado por manos expertas, había un llamador dorado que representaba a un perro siendo devorado por las fauces de un lobo.

Los guías relataban a los visitantes de esta galería las historias de los mellizos romanos Rómulo y Remo y la Loba

que los había amamantado, pero no eran más que falsas suposiciones. Había mucho más simbolismo oculto en esa peculiar imagen, algo muy obvio para quien conociera su secreto: se trataba de la purificación del oro mediante el antimonio.

No había duda de lo que se encontraba al otro lado de la puerta. Las pistas estaban ahí, al alcance de cualquier persona con la visión necesaria.

Apoyó su mano extendida sobre la madera, susurró su propio nombre y empujó. La puerta se abrió con un leve clic, dando paso a un pasadizo frío, húmedo y serpenteante de unos trescientos metros de longitud que se extendía bajo las galerías inferiores hasta los mismísimos cimientos de Londres. El suelo estaba ligeramente inclinado. Cada seis pasos, estrechos escalones aceleraban el descenso. La puerta se cerró tras él, sumergiendo el pasadizo en la oscuridad. El hombre ni siquiera detuvo sus pasos. Extrajo una piedra bezoar sulfúrica de un bolsillo y la frotó contra la áspera pared. La piedra se encendió inmediatamente, lanzando una pequeña llama amarilla que no producía calor. El bezoar conjuró un claroscuro de luz y sombra que mostraba todo lo que necesitaba ver. Siguió caminando, con el ruido de sus pisadas amplificado por la peculiar acústica del túnel.

Había una segunda puerta, a una notable profundidad bajo las calles de la ciudad, forjada en hierro y reforzada con acero, cobre y plata. Más que una llave, el mecanismo de cierre era una combinación de reconocimiento de patrones y oscura alquimia olvidada. Había más de sesenta símbolos entre los que elegir, y un número indeterminado de posibles combinaciones. Conocía la combinación cual verdadero adepto. Ni siquiera tuvo que pensarlo. Con cuatro certeras depresiones de sus dedos cuadró el círculo: la llamante esfera dorada del sol, el triángulo del fuego, el pequeño círculo del oro y, finalmente, el cuadrado que contenía los demás símbolos. Después, tras una quinta depre-

sión, el quince, el que lo abarca todo: al hombre, a su imperio de polvo y al cielo sobre su cabeza. La pieza final del rompecabezas quedó encajada con un ligero chasquido. El mecanismo de cierre estaba protegido por un tubo lleno de mercurio. Una combinación equivocada haría que el cerrojo se inclinase, derramando mercurio en el mecanismo y fundiendo el cierre para siempre.

Asió el mango dorado y lo hizo girar.

El mecanismo de relojería giró con fuerza, pero sin llegar a romperse.

Abrió la puerta Kruptos y entró en el Al Kimia, la cámara secreta, tal como indicaba su traducción directa del árabe. El juego de palabras le divertía, como sin duda habría divertido a los hermanos de la cruz rosácea cuando sellaron la estancia muchos años atrás. Una rápida y somera inspección le dio a entender, tal como había esperado, que se encontraba frente a un auténtico tesoro. Había grimorios forrados en piel abiertos sobre atriles, mostrando conocimientos olvidados en el tiempo. Una vitrina de cristal contenía las esquirlas de una humilde copa, una especie de grial, aunque no el preciado grial de las historias cristianas, sino un grial negro. Era, si se podía dar crédito a la pequeña nota que había a su lado, el recipiente que se utilizó para recoger la sangre sacrificadora de Judas Iscariote cuando le bajaron del árbol donde se ahorcó. Nathaniel Seth apoyó la cara contra el cristal, colocando las yemas de sus dedos a quince escasos centímetros del cáliz negro. Podía sentir la maldad que emanaba de cada fragmento de la sencilla copa.

Sonrió y le dio la espalda.

Pasó la mirada sobre otros numerosos tesoros: una colección de estatuas del Tíbet, un jaguar de jade con la fantasmal esencia de la gran bestia metafísicamente amarrada a la piedra, la punta de piedra de la lanza del destino que hirió al Nazareno, el cadáver de un hombre mecánico de relojería que Kepler había fabricado mucho antes de obse-

sionarse con su reloj astronómico, una etérea figurita de no-existencia, la efigie vudú de un demonio Baka y una estatuilla del Barón Samedi, los esbozos del proyecto de Superhombre de Haushofer y más maravillas escritas a tinta sobre rollos y rollos de pergaminos. Sobre una mesita de caoba había una botellita aparentemente vacía. La cogió, se la acercó y la giró hasta que la esencia comenzó a solidificarse. Era un alma atrapado en una botella, amarrado al recipiente en el momento de la muerte.

Había muchas más cosas en la habitación, muchas más pistas acerca de los mecanismos del Cielo y el Infierno. Lo ignoró todo y se concentró en una cruz de piedra apuntalada sobre la pared más lejana. Medía casi la mitad de su propia altura, y en su superficie había algo grabado en una lengua muerta.

Se arrodilló frente a la cruz, sintiendo con los dedos cada marca, línea y curva de los grabados. Cerró los ojos y dejó que las marcas le transportaran a un lugar en su memoria. Había diecisiete formas; cuatro marcadas sobre cada brazo de la cruz, cuatro en el cabecero, cuatro a los pies y uno en la cúspide, y sobre la cruz un hombre crucificado con el rostro de una bestia que rugía mostrando diecisiete dientes. Era un homúnculo, un falso humano de treinta centímetros de altura representado en todo detalle. Alrededor de la figura se enroscaba una serpiente.

La propia cruz era una llave. Las marcas exteriores de cada brazo correspondían a un elemento: tierra, aire, fuego y agua, pero eran las otras marcas las que tenían más interés. Imágenes de Shango, el padre de las tormentas, y de Mawu-Lisa, la unión hermafrodita de dioses mellizos, varón y hembra, junto con oscuras simbologías judeocristianas y otros símbolos que no parecían tener ningún sentido. El conjunto total componía un complejo código alrededor del cuerpo del homúnculo. Descodificarlo daba acceso al mapa de un tesoro.

La Hermandad ya poseía el mapa. Lo habían sustraído de una tumba sin nombre en algún lugar salvaje de Afganistán. Lo habían protegido durante más de doscientos años, buscando la ubicación de la llave sin darse cuenta de que esta se encontraba bajo sus propias narices, en el corazón del barrio de Holborn.

Con la cruz podría descodificar el mapa, y sin duda también podría descubrir el paradero de la Escalera Catamina. Y entonces podría desencadenar los horrores ahí enterrados desde el principio de los tiempos.

—Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio, que las que sueña tu filosofía —se dijo, citando aquella frase de *Hamlet* con reverencia.

Alzó la enorme cruz de piedra.

Y, al hacerlo, el hombre que llevaba el nombre de Nathaniel Seth como una máscara desató los infiernos.